

Estelle GALBOIS – Sylvie ROUGIER-BLANC (ÉD.), *La pauvreté en Grèce ancienne. Formes, représentations, enjeux* (=Scripta Antiqua 57), Bordeaux, Ausonius, 2014, 278 pp., 28 figs. [ISBN: 978-2-35613-098-3; ISSN: 1298-1990].

Es en un contexto contemporáneo de crisis socioeconómica a escala global, propicio por tanto, a la reavivación de los rescoldos del debate sobre la pobreza (que se perfila ahora como una de las mayores problemáticas a las que el mundo actual debe enfrentarse), en el que se sitúa la aparición de la presente obra. Esta se encuentra integrada por una serie de aportaciones de diversos autores, adscritos casi de manera unánime a centros universitarios franceses y especializados en materias vinculadas con el pasado de la antigua Grecia (Arqueología clásica, Lengua, Literatura, Arte e Historia), pero también provenientes de otras disciplinas más o menos afines, como la Sociología (caso de N. Jouenne). Con la participación de estudiosos con diversa formación y líneas de investigación (aunque aunados en su interés común en el mundo griego antiguo), lo que se buscaba era precisamente crear una atmósfera interdisciplinaria que favoreciera un acercamiento más rico a la hora de tratar el tema de la pobreza en Grecia. Por su parte, la materialización de tales aportaciones en su forma escrita (gracias al trabajo de recopilación de E. Galbois y S. Rougier-Blanc), supone el colofón de unas jornadas de estudio organizadas por el equipo CRATA-PLH (EA 4601), que tuvieron lugar el 9 de diciembre de 2011 en la Universidad de Toulouse II–Le Mirail. Dichas jornadas vendrían a formar parte de una investigación cuatrienal más amplia, que se iniciaría en el 2011, con la intención de prolongarse hasta el 2015, y cuyo eje principal sería el de “La representación”.

Volviendo a la obra que nos ocupa, me gustaría señalar que, además del mérito de embarcarse en una investigación de esta índole, por las complejidades que entraña la temática (*vid.* los motivos que se esgrimen en la introducción general, pp. 13-24), en mi opinión, lo más importante es que esta viene a suplir un gran vacío bibliográfico. Hasta el momento, solo contábamos con algunos estudios aislados o acercamientos someros en obras cuyo principal interés no era, ni mucho menos, un estudio integral de la pobreza en Grecia. Asimismo, las contadas monografías centradas exclusivamente en este tema (generalmente fruto de estudios relativamente recientes), tienden a estar focalizadas en un aspecto determinado, por lo que adolecen de una visión de conjunto del problema. Ahí es, precisamente, donde reside el punto fuerte de esta propuesta colectiva: en su capacidad de aportar una visión multifocal, que permite delinear diferentes facetas o aspectos desde los que se puede abordar un estudio global, aunque dejando a un lado cualquier pretensión de exhaustividad.

En este sentido, y en estrecho vínculo con la formación y línea de especialización de los investigadores participantes, el enfoque es puesto eminentemente en elementos como la problemática de la definición, la cuestión de la visibilidad de la pobreza, su representación iconográfica o la concepción de la misma para los antiguos. Sin embargo, la propia incidencia en estos aspectos, y el carácter mismo de la obra (que como hemos señalado algo más arriba, no tiende a la exhaustividad, porque esta no es su primordial objetivo), implican que se descuiden otros posibles elementos de estudio. Así por ejemplo, se echan en falta cuestiones tales como: la respuesta de las

ciudades o de los ciudadanos ante el problema de la pobreza, la adecuación o no del empleo de términos y nociones del tipo “asistencia” y “caridad”, el planteamiento de quiénes podrían ser los benefactores y qué motivos les moverían a este papel, en el caso de que la respuesta fuera afirmativa, etc.

Estructuralmente hablando, el trabajo se articula en cuatro grandes secciones (sin contar bibliografía, *index* y tablas de ilustraciones), las cuales, a su vez, se subdividen en una serie de apartados menores, que por norma incluyen dos aportaciones hechas por diferentes autores. Las conclusiones quedan integradas como un apartado más de la cuarta sección. Por su parte, cada una de las cuatro secciones principales se corresponde a un gran bloque temático: introducción general, terminología –definiciones y conceptos–, prácticas de la pobreza e imágenes de la pobreza.

La primera gran sección, constituida, como acabamos de señalar, por cuestiones introductorias, resulta esencial para cualquiera que se plantee abordar el tema de la pobreza en Grecia. En las páginas iniciales (pp. 13-23) contamos con un repaso de las principales dificultades que entraña el estudio del tema, que incluye el resumen de las fuentes y de la historiografía publicada sobre el mismo, la relación de las perspectivas metodológicas desde las que se puede abordar este y los objetivos que pretende el estudio. También en la introducción general tenemos la contribución de N. Jouenne (pp. 25-33), quien pone sobre la mesa la importancia del por qué estudiar hoy en día la pobreza, destacando de su aportación su visión desde la Sociología.

Vinculado a la terminología, el segundo bloque temático cuenta, como los restantes, con un apartado introductorio al mismo que, en este caso, se ocupa de los preámbulos metodológicos y de introducir el problema del vocabulario griego sobre la pobreza. Tener presente este aspecto es vital a la hora de enfrentarse al tema pues, a la hora de hacerlo, hemos de ser conscientes de que no podemos aplicar nuestras nociones contemporáneas a las que tenían los antiguos. A este hecho es al que, precisamente, dedica su reflexión M.-J. Werlings (pp. 67-81) cuando se interroga sobre quiénes serían los pobres de las ciudades griegas o, lo que es lo mismo, qué entendían los griegos por “ser pobre”. Por su parte, S. Coin-Longeray (pp. 45-65) se preocupa más de marcar la distinción entre dos figuras que a veces aparecen en la poesía griega antigua como polos opuestos dentro de la misma realidad de la pobreza y que, en nuestro vocabulario actual, podrían identificarse con el “pobre” y el “mendigo”. Para designar a unos y a otros, parece que existiera una terminología diversa, lo que a su vez implicaría una diversa situación moral y social.

Sobre la pertinencia de hablar de “prácticas de los pobres”, se ocupa el siguiente bloque, que introduce el tema preguntándose por los posibles testimonios “directos” que nos hayan llegado de estos. Entre ellos, podrían tenerse en consideración, aunque manteniendo siempre ciertas reservas, algunas evidencias epigráficas (concretamente *graffiti* y *ostraca*), así como determinados aspectos del ámbito funerario. Presentada de esta manera la temática, el análisis se inicia tratando la cuestión de “los espacios de la pobreza”. Dos son las contribuciones hechas en este sentido: por un lado, la de L. E. Bauner (pp. 97-104), quien estudia el posible vínculo de los pobres con los santuarios rurales de Grecia y, por otro, la de S. Rougier-Blanc (pp. 105-135), quien siguiendo con su línea de estudios centrados en el ámbito arquitectónico doméstico

y espacial, dirige ahora su observación al hábitat de los menesterosos. Resulta de interés en este trabajo la preocupación por ir más allá del mero análisis arqueológico de lo que, podríamos denominar, “arquitectura del hogar pobre”, fijándose también en otras cuestiones. Por ejemplo, la ocupación temporal de una serie de espacios, que tiende a no dejar huella arqueológica, como los lugares de tránsito (calle, umbrales) y los comunes (santuarios, baños), o las representaciones literarias de los hábitats modestos y su relación con la imagen determinada del pobre que se quiere transmitir. A continuación, las intervenciones de A. Południkiewicz (pp. 139-144) y J.-M. Roubineau (pp. 145-164) tocan el tema de “las prácticas exclusivas de la pobreza”, enfocado desde el punto de vista económico. La primera, a partir de un estudio de los materiales cerámicos de dos yacimientos egipcios, se plantea si la reutilización de ciertos vasos, con evidentes huellas de reparación, puede considerarse como una práctica asociada única e indiscutiblemente a los pobres o no. De manera similar, pero tratando una cuestión completamente diversa (la del abandono de niños), Roubineau discute sobre si esta práctica debería entenderse exclusivamente como una forma de racionalidad económica, propia por tanto de los de menores recursos. Curiosamente, ambos autores llegan a similar conclusión, rechazando la idea de que esos elementos pertenezcan solo a “la cultura del pobre”.

El último bloque temático tiene que ver con las imágenes de los menesterosos, comenzando por preguntarse si estos son representados (y en caso afirmativo, cómo) o si por el contrario, al igual que reza el propio título de la introducción de esta sección, “Son los olvidados de la historia del arte griego”. Así pues, en esta línea, la primera parte del bloque, con los estudios de P. Jacquet-Rimassa (pp. 179-188) y de E. Galbois (pp. 189-203), se dedica a la representación iconográfica de la pobreza y de los pobres. Jacquet-Rimassa dirige su observación a la búsqueda de posibles maneras de presentar la pobreza (relaciones dominante-dominado, el prototipo de Ulises-mendigo, *Géras* como imagen de la vejez y de la pobreza), mientras que Galbois estudia una serie de terracotas helenísticas de Egipto y Asia Menor, analizando los rasgos y tópicos con que se muestran al mendigo y al trabajador (en la mentalidad griega “un pobre”) y la funcionalidad y significado de tales imágenes. En cambio, la segunda parte del bloque se desvía hacia la representación ideológica y la concepción de la pobreza que subyace en el *Ploutos* de Aristófanes (Ch. Orfanos, pp. 213-222) y en el pensamiento filosófico (Ch. Pébarthe, pp. 223-236). En este sentido, Orfanos parece postularse por interpretar la comedia aristofánica como claramente favorable a la pobreza, a pesar de ciertas ambigüedades existentes en el texto, que podrían relativizar esa opinión; por su parte, Pébarthe se inserta en el debate de si Sócrates y los filósofos eran pobres en la realidad o solo en la apariencia.

Recapitulando, merece la pena volver a destacar el gran esfuerzo realizado por Galbois y Rougier-Blanc a la hora de acometer un estudio global sobre la pobreza en Grecia, cuyo fruto ha sido esta obra colectiva. A través de la articulación de estudios realizados por autores de diferente línea investigadora, se ha podido abordar la temática desde una perspectiva multifocal, de manera que, aun descuidándose algunos aspectos, se logra el objetivo propuesto. Igualmente, esta concepción “amplia” de la problemática, que inserta la misma en un marco cronológico y espacial casi propio de

la *longue durée*, permite ir más allá de los escasos estudios restringidos a un aspecto concreto de la pobreza. Otros méritos, son: por un lado, el concebir la propia obra como una preparación temática, que sirva para fomentar otros trabajos más exhaustivos; por otro, la recopilación bibliográfica que en la misma se hace, también útil como base de partida para investigaciones posteriores. Sin embargo, quizá el auténtico y mayor logro sea la superación de ciertos estudios anteriores, eminentemente de índole marxista, que habían tendido a reducir el fenómeno de la pobreza al conflicto social, focalizando ahora el problema en sus auténticos protagonistas: los pobres.

Aida FERNÁNDEZ PRIETO

Universidad Complutense de Madrid

Aidfer01@ucm.es

Julián ESPADA RODRÍGUEZ, *Los dos primeros tratados romano-cartagineses. Análisis historiográfico y contexto histórico* (=Col.lecció Instrumenta 43), Barcelona, Universitat de Barcelona, 2013, 325 pp., 16 figs. [ISBN: 978-84-475-3674-0].

Según el historiador griego Polibio, la recién nacida República Romana contrajo un tratado diplomático (en adelante P1) con Cartago a finales del s. VI a.C. (Plb. III 22-23); un segundo tratado (en adelante P2), firmado a mediados del s. IV a.C., habría renovado las relaciones entre ambas potencias (Plb. III 24). En el caso del primero de estos acuerdos, existe un enconado debate que llega hasta nuestros días en torno a la dificultad de clarificar su naturaleza, contexto, e, incluso, verosimilitud.

La evolución de la controversia suscitada por P1 es la primera cuestión que expone Espada en la introducción de esta obra. Se inició en el siglo XIX entre Mommsen y Nissen, adjudicando cada uno una cronología alta o baja respectivamente. Desde entonces, y hasta la actualidad, prácticamente todo historiador dedicado a la Roma Arcaica se ha visto obligado a aportar una opinión sobre P1. En un ejercicio de revisión bibliográfica, el autor nos explica las principales hipótesis referidas al tratado, dividiendo a los investigadores en tres grandes grupos: en primer lugar, estarían aquellos que defienden una cronología alta para P1, entre los siglos VI y V a.C.; en segundo, encontramos un gran número de estudiosos que consideran a P1 coetáneo de P2, y por lo tanto fechable en una cronología baja alrededor de mediados del s. IV a.C.; finalmente, un menor número de historiadores ha situado a P1 en diferentes fechas intermedias entre las que postulan los anteriores.

Tras esta sucinta pero bien documentada presentación del estado de la cuestión, el autor organiza el libro en cinco partes claramente diferenciadas, además de un índice analítico final en el que recoge materiales de ayuda de carácter onomástico, toponímico o gentilicio, y una serie de mapas e ilustraciones de la situación internacional de la Roma Arcaica, así como planos y dibujos de yacimientos arqueológicos y documentos epigráficos. Utilizando claramente un método inductivo, cada uno de